LSD
2004-03
porque la única droga dura es la re

Editorial 3
Mis documentos/íbamos a ver a los caníbales
Nicolás Alberte 4
DEportada
Alina Di Natale Piazza 6
Ser alumno. Un estado del alma: estar en falta.
Antonio Romano Granito 7
Plomo y miel (capítulo 2)
Alejandro Rodríguez 10
Un perro callejero duerme/Entre los frutos/ayer doblé la oscuridad
Miguel Gallo 14
El ascensor
Pepe Aedo 16
Bichicome
José Esteves. 18
La independencia del escritor
Carlos Liscano 20
Letralia: una tierra de letras para un mundo de bytes
Jorge Gómez Jiménez 25
Arbol del pájaro final/Arena herida
Gustavo De Vera 32
Naufragio
Marcelo Sosa Guridi 34
vida social del vecindario VI/Dénle voces
Soledad Lepeyián 38
Imágenes
Fotos y fotógrafos 40

LSD revista
web: http://lsdrevista.todouy.com
correo electrónico: lsdrevista@hotmail.com

Redactor Responsable: Wilson Javier Cardozo
Redacción: Cecilia Lambach, Juan Martín Giansanti, Marcelo Sosa, María José Pérez, Pablo Fernández, Soledad Lepeyián
Fotografía: Zenia García Ríos, Ruben Giménez
Colaboraron para este número: Alejandro Rodríguez, Alina Di Natale Piazza, Antonio Romano Granito, Carlos Liscano, Gustavo De Vera (Argentina), Jorge Gómez Jiménez (Venezuela), José Esteves, Miguel Gallo, Nicolás Alberte y *Pepe Aedo*.

LSD es una publicación uruguaya propiedad de Andrés Moura Cousillas (Duvimioso Terra 1359); editada por ediciones *abrelabios* (abrelabios@latinmail.com). Su Redactor Responsable es Wilson Javier Cardozo, Bacigalupi 2091/15. Se imprime en Indice SRL (Gaboto 1384). Todas las direcciones citadas corresponden a la ciudad de Montevideo, Uruguay.

ISSN Nº 1510-8015
Hecho el depósito que marca la ley
Registro en el Ministerio de Educación y Cultura en trámite (Expte. Nº 1912/04)

artículos de reflexión política, económica, cultural, literaria, teórica; la conformación de un grupo de columnistas permanentes; la integración de seis cuentos, catorce poemas y el avance de una novela; la divulgación de una formidable selección de cuadros de la pintora Alina Di Natale Piazza; la mezcla permanente de nuevos escritores con otros de reconocido prestigio nacional e internacional; en sólo tres números editados en medio año,

la enorme cantidad de materiales disponibles para selección de próximas ediciones de nuestra revista, enviados por estudiantes y egresados no sólo del IPA sino también de otras instituciones educativas uruguayas,

la apuesta de escritores y creativos de diferentes nacionalidades a las apreciaciones críticas de sus obras, que (en algunos casos) dispondrán de comentarios en las ediciones LSD previstas para el 2005,

la apertura de intelectuales de diferentes nacionalidades para divulgar su producción (en algunos casos, materiales inéditos) en las páginas de nuestra publicación,

un espacio web (gentileza de La Guía del Uruguay) donde acceder on line y gratuitamente a los contenidos de los números editados de la revista LSD,

la inclusión de nuestro sitio web, por parte de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (de la Universidad de Alicante, España), en el apartado de Revistas Culturales de su directorio de Bibliotecas del Mundo,

confirman nuestro acierto en habilitar un ámbito como el de LSD donde recuperar la diversidad y la interdisciplinariedad como preocupación central de un producto cultural respetuoso de su época y entorno

confirman la existencia de una amplia red de vínculos que, por sí mismos, carecen de signo y que, usados inteligentemente, pueden acercarnos a concreciones que aparecían, hasta hace muy poco tiempo, como mera utopía

y confirman, también, que seguimos esforzándonos por un tiempo mejor, plenamente conscientes de nuestra perspectiva sobre las palabras y las cosas, a sabiendas de que la única droga dura es la realidad.

LSD

Nicolás Alberte

Estos textos integran el poemario que, a fines de 2004, editará la Feria del Libro bajo el título **El cuidado que ponemos diariamente en no morirnos**. Este joven autor ya había dado a conocer parte de su obra con el volumen de cuentos **Peepland**, publicado por el *Club de Lectores Hacedores de Libros* en julio del 2000.

mis documentos

vallejo punto doc
darío punto gif
becerra punto com
y spinetta zip

cummings pe de efe
lezama te equis te
milán erre te efe
neruda pe pe te

mallarmé/
pizarnik/
verlaine y valéry/
todos punto tiff

sabina avi
éluard pe ese de
carver wav
y cohen emepeg

baudelaire/
apollinaire/
rimbaud/
elliot, pound y reed
todos punto aif
dylan ce de erre
cabrera punto uy
girondo punto ar
y buarque be erre

mccartney/
machado/
quevedo/
michaux/
herrera y reissig,
todos punto gif

de otero, di giorgio
celaya, serrat
courtoisie y darnauchans
escritorio, documentos
guardar.

íbamos a ver a los caníbales

iba con madre a ver a los caníbales
de cuerpos impresos de oscuro que decían
las palabras cultura,
educación, cabeza, metáfora de padre,
luces que destiñen con la sombra
y conformación de una cierta anatomía.

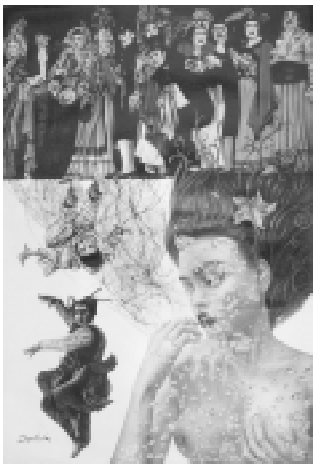
veía con madre comer a los caníbales
rascando los fondos de unas latas con letras anodinas
y decían, los caníbales, las líneas: celuloide,
estrella, equilibrista, geografía;
después daban cantos de circo,
y tallaban autógrafos, los caníbales.

volvía con madre de ver a los caníbales
y yo le preguntaba; ¿qué dolor es este
que tengo ahora en las tripas?
es la carga, respondía,
de ver aquella multitud agazapada
y saber que todos tenemos corazón caníbal.

DEportada

Todas las portadas de LSD durante el 2004 estuvieron dedicadas a óleos de **Alina Di Natale Piazza**, Profesora de Dibujo egresada del IPA.
Durante su exilio, realizó estudios de pintura y escultura en la Libere Accademie di Pittura e Nudo di Roma, Italia.
Sus obras han sido expuestas no sólo en nuestro país, sino además en Europa (Roma, Palermo, Parma) y Estados Unidos (como parte de la muestra itinerante *Women Artists of Uruguay*, 1996-2000)
Dirige talleres de dibujo y arte. Por más información, comunicarse al 902 2515.

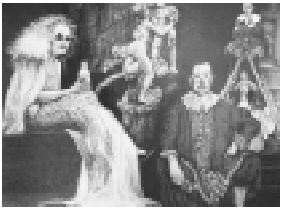
LSD



Ofelia y el bufón
(imagen ampliada en portada)

Los ojos de Dios
(imagen ampliada en páginas centrales)

Un refugio para la luna
(imagen ampliada en página 16)



Un sueño realizado
(imagen ampliada en página 24)

Antonio Romano Granito

Ser alumno.
Un estado del alma: estar en falta.

El sentido de falta quizá pueda desentrañarse por remitirse casi inmediatamente a la idea de una ausencia. La ausencia de la presencia física, pero también la ausencia de la aplicación de la norma. Quien comete una *falta de ortografía* no se equivoca, lo cual supondría reconocer la existencia de una lógica diferente de la gramática normativa del docente, sino que ignora la norma que se debería aplicar en esa situación.

Pero la falta (en el doble sentido) principal de un alumno es la inasistencia. Y es el paradigma de la falta, precisamente, porque a raíz de su ausencia el alumno no puede ser controlado por la institución; y, por lo tanto, sin control este carece de guía y criterio para discernir la norma para actuar correctamente. Esta sería la función principal de la escuela: enseñarle a actuar correctamente. Pero para cumplir con este cometido, el alumno debe hacerse presente y aceptar la tutoría de la institución. De lo contrario se convierte en un "desertor", casi podríamos decir, si somos fieles al sentido de la palabra, un ser amoral.

El sentido moralizador y normalizador es difícil de evitar cuando nos encontramos con la cultura de los sistemas educativos. La falta remite inconscientemente al actuar desconociendo la norma: a la acción pecaminosa. Cometer una falta, de ortografía o de otra clase –aquí la referencia a los contenidos o las actitudes no ofrece variante– es ser *culpable* de no actuar correctamente. La responsabilidad del sujeto en la infracción no puede ser excusada. El alumno tiene la obligación de actuar correctamente. Si no lo hace, su ignorancia no lo ampara, como podría suceder en el caso del error (obró en forma equivocada porque desconocía la forma "correcta" de hacerlo). Su ignorancia igualmente lo condena: si no conoce no debe actuar o, en caso de hacerlo, debe seguir la indicación o la orden de alguien. Su ignorancia lo condena tanto como su omisión: aunque se justifique la falta (por ejemplo, la inasistencia) el sujeto se halla en omisión (falta justificada). La adjetivación no elimina el contenido de violación de la norma, sólo lo atenúa. De ahí que las sanciones disciplinarias sean consideradas

"faltas graves". El sustantivo sigue definiendo la naturaleza del acto, al mismo tiempo que define una nueva condición que podríamos definir como la condición constitutiva de la identidad del alumno: estar en falta. Las alternativas para el alumno son dos: o hacer lo que se le ordena o no actuar.

La situación respecto al conocimiento también es la misma: el alumno está en falta por no saber lo que sabe el maestro. Debe aprender, en primer lugar, lo que le enseña el maestro. Tiene la obligación de hacerlo. Si no lo consigue –no importa la razón– se convierte en alguien que se halla en falta. En falta respecto al saber y respecto al maestro que enseña. El –el alumno– es el responsable de su situación, salvo en aquellos casos en que se considera la incidencia de factores "externos" como causales del fracaso (incapacidad intelectual, nivel educativo de los padres, etc.). No obstante, la institución nunca es la responsable. Fracasa el alumno por no haber aprendido lo que se le enseñó. La cuestión del aprender no es un asunto del orden de la posibilidad, es del orden del deber. Se aprende –o no– por voluntad de quien decide someterse –o no– a la autoridad del maestro. No existe ninguna mediación entre la orden del maestro y su aceptación por parte del alumno. Si se acepta lo que se ordena, ("debe aprender...") la posibilidad de que no suceda está excluida, salvo que incidan, como señaláramos antes, factores externos al proceso de enseñanza-aprendizaje.

El lugar del conocimiento como descubrimiento del sujeto, desaparece. El alumno debe aprender lo que se le ordena que "aprenda". No existe lugar para la exploración por parte del sujeto que aprende, porque esto supondría el riesgo de la equivocación, y lo que es aún más grave, la negación del valor de la autoridad del maestro que confirma con su decir que su saber no es verdadero. Habilitar al otro –el que "no sabe"– a experimentar supondría dudar de la propiedad de su autoridad para decidir sobre cuestiones relativas a lo que es bueno o verdadero. Y aquí llegamos a un nudo: la desconfianza proyectada hacia el alumno no es otra cosa que la desconfianza del maestro respecto a su saber. Permitir que el alumno explore, supone admitir que pueda existir otra verdad que la suya propia, y esto resulta inadmisible para quien asume la función de enseñar como la representación del lugar de la verdad. De esto resulta que es preferible que el alumno refuerce la imagen especular de su propia verdad a que

pueda ponerse en duda el lugar que se autoasigna, aunque esta sea la condición indispensable para desarrollar el espíritu de autonomía del alumno.

Desde el punto de vista psicoanalítico, esta desconfianza es considerada como una consecuencia de no asumir el carácter precario del propio conocimiento. El docente se sabe en falta por la imposibilidad de asumir el lugar en que el otro –el alumno– lo coloca. Pero esta falta no se asume como constitutiva del acto de conocer, e incluso de la propia identidad, y es sentida como una carencia personal; en otras palabras, el sujeto se responsabiliza a sí mismo por no poder alcanzar ese lugar –conocimiento pleno–, en lugar de reconocer esta situación de precariedad como inherente al acto de conocer. Ese lugar que el docente identifica como su lugar, es el lugar del saber absoluto.

LSD

relaciones
Revista de pensamiento
El primer Martes de cada mes en su kiosko
32 páginas de sólida lectura

todo.com.uy
todo.com.uy - La Guía del Uruguay
Web: http://todo.com.uy
Email: info@todo.com.uy
Servicios de internet:
registro de dominios, diseño y alojamiento de sitios web y soluciones de comercio electrónico

Alejandro Rodríguez

Plomo y miel *

(capítulo 2)

Manuela Torres trataba de hacer entrar en su mansión a la gata siamesa cuando a través de los cristales del ventanal pudo ver la colorida danza que tenía lugar en el cielo violeta. Hacía más de dos horas que había visto la primera explosión en el horizonte tormentoso, pero decidió continuar inspeccionando cada rincón de su inmensa mansión, como si aquellas detonaciones no fueran sino truenos presagiantes de una lluvia benefactora. Pero ahora, parada en el patio espacioso, no pudo dejar de prestar atención a aquel colorido atrapante, fascinada por el espectáculo visual y por la incertidumbre del futuro que aquellos fuegos inauguraban. Mientras la cincuentona observaba absorta el firmamento, una sirvienta se aproximó por su espalda. La mucama tomó suavemente a Manuela por la cintura y comenzó a besarle, sin prisas, el cuello y la nuca. Manuela Torres tardó en reaccionar, en parte por el ensimismamiento en que se encontraba y en parte por la agradable sensación que produjo en todo su cuerpo la tierna caricia de la sirvienta. Luego de esos segundos ausentes de reacción, Manuela giró y encontró a su amante con una expresión de ensueño.

–Virginia, ¡te dije que no hicieras eso en el patio!

–Pero, si no hay nadie en la calle... todos esperan a los invasores, nosotros sólo esperábamos estar tan solas...

Manuela luchó contra el impulso de seguir el juego seductor de la muchacha. Virginia era una muchachita que apenas había pasado los veinte, pero con un ángel seductor en sus labios que tenía algo de cimbroneo de caderas. Las formas firmes, estilizadas, de aquel demonio rubio habían hecho caer a Manuela en ese manantial de placer en el que nunca había esperado beber. La matrona se sentía doblemente en falta, por acceder a aquellos placeres vedados y por vivir aquel deseo con una muchachita veintitrés años menor. La sirvienta fue hasta el muro ornamentado que separaba el espacioso patio de la calle y miró con expresión triunfante a la matrona.

–¿Viste que no anda nadie en la calle?

Acto seguido, tomó con las dos manos el rostro de Manuela y le estampó un tibio y profundo beso en la boca, al que la dueña de casa no pudo ser indiferente. Las separó el estruendo de una explosión a menos de docientos metros de distancia. Manuela se separó con brusquedad de la tibieza de Virginia. La

muchacha la observó divertida. Parecía no comprender en toda su magnitud la gravedad de los sucesos en ciernes, inconsciente en su juventud ávida de cambios permanentes. Manuela habló, más sobresaltada por la mirada lasciva de Virginia que por el portento de la cercana explosión.

–Vamos para adentro. Quiero cenar.

Virginia pasó junto a Manuela, rozándole los senos con sus dedos afilados y se perdió en la casa monumental. Manuela volvió al muro en que antes se había posado Virginia y trató de escrutar en la oscuridad la presencia de algún indiscreto expectador. Efectivamente, como había dicho la jovencita, no había nadie en la calle. Volvió a llamar a la gata que, aprovechando la distracción de su ama en los devaneos amorosos, salió nuevamente al patio. Cerró tras de sí la puerta acristalada y pudo ver, sobre el fondo de la habitación, un enjambre de mucamas ataviadas impecablemente que iban y venían en torno a una enorme mesa de roble.

Manuela Torres siempre había sido muy hospitalaria, y no encontraba razones para que tal virtud suya cambiara respecto de los invasores que estaban ingresando en la ciudad. Hacía años que mantenía una profunda amistad con un encumbrado empresario aliado del ejército que llegaba, y estaba segura de que ese contacto era una garantía para que los ocupantes respetaran su casa y su condición de señorona citadina. Se quedó observando cómo una de las muchachitas del servicio sacaba lustre al marco dorado de un gigantesco retrato de Don José Pedro Torres Barti.

En el retrato, el ya fallecido esposo de Manuela impostaba una pose de felicidad opulenta. Aquel hombre, nacido entre el estiércol de los establos de un pequeño pueblito del interior, había sabido forjar su destino mísero al calor de la ambición hasta lograr transformarlo en un itinerario de ostentaciones y derroche. Primero, empresario ganadero; supo, cuando las circunstancias lo requerían, trasladarse a la ciudad y convertirse en un hábil especulador bursátil. Pese a su riqueza y su habilidad empresarial innegable, nunca había logrado domar sus hábitos rústicos y su rudeza cuasi animal, por lo que desde un principio contrastó junto a la figura refinada de Manuela, nacida en el seno de una familia almidonada, aunque no potentada. Manuela no había llegado a quererlo, aunque sí a admirar sus habilidades. Tanto

se había acostumbrado a aquella figura maciza y tosca a su lado que, su muerte, acaecida seis años atrás, había sido un duro trance para la cincuentona.

Cuando Virginia llegó a la casa, dos años atrás, Manuela Torres ya no encontraba consuelo para su soledad en la mansión hecha páramo, cansada de las reuniones con las señoras de alcurnia y del cultivo de flores exóticas en el jardín interior. Al principio, creyó que aquellas sensaciones que le provocaba esa jovencita no podían ser otra cosa que una alucinación hija de su prolongada soledad. Poco a poco, fue encontrando una esencia, una necesidad en la contemplación de aquel cuerpo, de aquella mirada cuyo abismo amenazaba tragársela. Siempre habría de agradecerle a la muchacha que le ahorrara el engorroso expediente de ser quien tomara la iniciativa en aquel juego. Cuando aquella fría noche de agosto Virginia le dio el iniciático beso furtivo, hace tiempo que Manuela ansiaba la transgresión. No fue necesario decir nada más. Ahora la observaba, dirigiendo los preparativos de la cena, organizando los ornamentos de la gran mesa, que esperaba a los oficiales del ejército entrante. La joven parecía, a un tiempo, una deidad y un inspector de tránsito, así de etérea y de pragmática. Manuela se acercó a la mesa e inspeccionó la excelencia con que el servicio estaba montando aquel opíparo banquete.

Por sobre el rumor de vajilla y cubiertos, se hizo evidente un fuerte estertor mecánico. Cuando Manuela volvía hacía el frente de la casa, se le cruzó una muchachita pelirroja de expresión infantil.

–Señora, ¡ya llegan!

Manuela Torres prefirió comprobar aquello con sus propios ojos y se aproximó al ventanal impecable. Pudo observar a un escuadrón de soldados atravesando la ciudad. Uno de los soldados observó la figura de Manuela, nítidamente recortada en la suave iluminación de la sala y dio unas instrucciones por su equipo de radio portátil. Manuela le dedicó al soldado una sonrisa que éste ni siquiera llegó a ver. Mientras el fragor de platos y manteles continuaba a sus espaldas, Manuela dedicó unos instantes a observar las maniobras militares del escuadrón de asalto, con el mismo embeleso curioso con el que se conglomeran los niños alrededor de una máquina vial trabajando. Aquella sincronización militar le recordó el día de la graduación de su hijo Aníbal en la academia militar. Se había sentido tan orgullosa de ese muchacho, impecablemente uniformado, de movimientos irreprochables, que sintió pena de tener que compartir aquella satisfacción con José Pedro. Ahora no entendía por qué Aníbal había decidido huir de la ciudad en aquel andrajoso camión, lanzándose a la

incertidumbre de un camino que no prometía más que vicisitudes. Ella había intercedido para que su hijo fuera exonerado de aquella absurda empresa que habían denominado “defensa”, y había tratado de convencerlo de la conveniencia de quedarse en la seguridad de una casa donde sería reconocido su status por las tropas que llegaban. Pero el espíritu aventurero de Aníbal había podido más que la promesa de una seguridad hogareña; Manuela odiaba esa tendencia salvaje en su hijo, porque le recordaba a su esposo y a su origen de caballeriza.

Una vez que el comando de reconocimiento terminó de recorrer la calle desierta, Manuela Torres continuó pegada al ventanal, esperando un nuevo acto de un espectáculo austero. Y efectivamente, a los pocos minutos, irrumpieron en la calle un trío de jeeps atiborrados de oficiales. Uno de ellos, de barba cerrada y mirada encendida, dirigió su vista hacia la única casa iluminada de la cuadra. Dio un par de órdenes a los demás integrantes del vehículo y comenzaron a bajar precipitadamente del mismo. Pronto, un grupo de ocho soldados se encontraron junto a la puerta principal de la mansión. Antes de que Manuela pudiera reaccionar y pedirle a algún integrante del personal de servicio que fuera a atender a los recién llegados, los soldados desbarataron la cerradura con dos descargas ensordecedoras de metralla.

Como eco de las balas, invadió la casa un griterío desquiciado, proveniente de las jovencitas del servicio doméstico. Las balas destruyeron la cerradura y una esquirla de plomo destruyó una mampara de cristal tallado. Manuela Torres sintió, sin moverse un milímetro de su posición, que las violáceas nubes de tormenta habían entrado a su sala y que la asfixiaba su bruma.

LSD

***** El texto es un avance editorial de la novela **Plomo y miel** del escritor y psicólogo uruguayo Alejandro Rodríguez. La obra es un espléndido alegato contra la guerra y muestra la distorsión de la vida cotidiana, en un mundo pequeño, cuando el lenguaje bélico es el único que ordena los espacios de lo permitido.

Miguel Gallo *

un perro callejero duerme

en la planta baja
le acabo de abrir la puerta
no lo hago por mí
aunque tal vez
algún día
en la mala
simplemente
es una madrugada muy fría
para dormir a la intemperie

Entre los frutos

de un ciprés
echa raíces

perennes
capullos de
infancia

mirar
que mira
sin cuervos

entre capciosas
breñas
de nada

sus ojos
desde la puerta
entornada
(hago como que no la veo)
me enbellecen

ayer doblé la oscuridad
en la pieza y de
esperar guardé dolor
en el bolsillo de atrás
como baraja marcada

y ahora me venís a mi hoy
-ya lo sabía-
con eso del franchute
amor
partido en dos y
llanto

Pero por qué no te vas
un poco
grandísima

*** Miguel Gallo** es estudiante del Instituto de Profesores "Artigas" en la especialidad Literatura. Esta es una brevísima selección del material que remitiera a con-sideración de nuestra Redacción.

Shopping Virtual del Uruguay
Web: http://shopping.todouy.com
Email: ventas@todo.com.uy

Ventas en línea
desde Uruguay a todo el mundo

Pepe Aedo *

El ascensor

Desde que tenía uso de razón, Noé subía por el ascensor del frente. Así se ahorraba unos pasos; además, el ascensor del fondo estaba mal iluminado. Sólo una vez, hace muchos años, había roto su costumbre.

Hoy, había sido un día de verano, sofocante. Noé Nada se había arrastrado por La Ciudad como por un desierto. Sabía que Sara lo esperaba en el apartamento (que había sido de sus padres), junto con la comida dietética, la televisión y la conversación anodina. No tenían hijos. Sara era estéril.

Hoy, como tantas otras veces, se iría a dormir temprano, más por aburrimiento que por cansancio.

Era de tarde, mientas llegaba a El Edificio, después del trabajo, pensó que necesitaba un cambio. Tomó el ascensor del fondo. Abrió las dos puertas. Todo era igual al otro ascensor, excepto que éste tenía un espejo. Él lo sabía. Esa era la verdadera causa por la cual no usaba el ascensor del fondo. Trató de dominar el espanto que le producían los espejos. Cerró la puerta y marcó el piso diez. Sintió algo en la espalda. Se dio vuelta y se vio reflejado. Sintió vértigo. Trató de controlarse, cerró los ojos y respiró hondo. Cuando se miró de nuevo, no se reconoció. No era él el del espejo. En realidad era él, quince años más joven. En la imagen reflejada había otra persona, una muchacha, Florencia, su gran amor. Fue consciente que estaba reviviendo algo que ya le había pasado.

Florencia era parte de la barra de amigos de Noé cuando era joven. La escena que estaba volviendo a vivir era una de las últimas veces que vio a Flor. Se iban a juntar todos para festejar que Noé había salvado el primer examen de la carrera. Había pasado a buscar a la muchacha a su trabajo. Iban a reunirse con los otros en el apartamento. Seguramente, Sara ya estaría arriba, conversando con los padres de Noé.

Florencia y él, habían caminado por La Ciudad y por la tarde de verano, lentamente, muriéndose de ganas por abrazarse.

Después entraron en El Edificio. Ella dijo de ir en el ascensor del fondo, quién sabe por qué.

Cuando entraron se hizo un silencio. Noé apretó el número diez. Mientras subían, sintió el deseo de besarla. Ella no dijo nada. De repente, Florencia llevó las manos hacia atrás de su cabeza y se acomodó el pelo, luego se rió y lo miró. Noé no pudo sostenerle la mirada. El ascensor siguió su camino. Llegaron al décimo piso y entraron. Sara los esperaba, su mirada lo culpaba por haber llegado con una muchacha. Después, los amigos, la fiesta, Sara, los días, los meses, el noviazgo formal, la carrera, Florencia se perdió en los laberintos de la vida, los años, el casamiento con Sara, los amigos se fueron alejando, sus padres se enfermaron, el trabajo, el comienzo de la rutina.

Eso era lo que había pasado, y ahora estaba viendo el principio de todo a través del espejo. En el ascensor estaba sólo él. En el espejo, Noé y Florencia, con quince años menos. Ella se arregla el pelo, se miran, él le sostiene la mirada, da un paso, que es como un salto en el vacío, y la besa.

El ascensor llega a su destino. Noé abre las dos puertas, con sorpresa, se da cuenta que no tiene puesto el traje gris, sino una camisa fina y un pantalón de pana; además, no lleva reloj. Camina por el pasillo y pone la llave en la cerradura, siente ruidos del otro lado. Cuando entra en el apartamento, un muchachito de unos doce años, sentado en la mesa, lo mira y sonríe; una niña corre a su encuentro, mientras grita *¡Papi, Papi!* .

Florencia, madura y hermosa, sale de la cocina, se acerca a Noé y lo besa, profunda, lenta, tiernamente.

***** El autor, estudiante del Instituto de Profesores “Artigas”, especialidad Literatura, ha solicitado mantener su anonimato bajo el seudónimo **Pepe Aedo**.

Joe Esteves *

Bichicome

La señora gorda y el niño de lentes no disimulan su asco al verme comer las sobras que rescaté de la basura.

(“Si te portás bien, Carlitos, tía Coca te lleva a tomar un helado”).

Carlitos se habrá portado bien, pequeño gordito lenteja y alcahuete; saborea el helado sentadito en el banco multicolor que los de la heladería colocaron para atrapar clientes. Los observo desde mi lugar en la vereda, sentado junto al tacho de basura.

Tantos años a la intemperie atrofiaron ciertas partes pensantes del cerebro, como aquella inquietud utópica de los veinte años. De cuando tenía un barrio y una casa y ganas de hacer cosas. Después ya no tuve más casa porque unos tipos de traje me echaron a patadas por intruso. En aquella época aún conservaba ciertos pudores, como por ejemplo comer con la cuchara que otro usó antes, o tomar del pico de la botella de la que bebían todos. La baba ajena siempre me causó repulsión; el temor a los microbios me impulsaba a tener mis propias cosas personales, vaso, cuchara, plato...

Con el tiempo y el continuo deambular por calles y baldíos fui perdiendo esas sanas costumbres. Llegó la época de hurgar en la basura. Los restos de comida que la gente arroja tienen el encanto de lo anónimo; uno ignora quién mordió ese trozo de pan o qué boca repulsiva chupeteó el helado del cucurucho intacto. La basura despersonaliza la comida. Uno vence su temor y muerde el pan o saborea los restos del helado sin pensar en el nombre o el rostro de quien antes devoró su parte del manjar.

Esos y otros pensamientos llegaban a mi cabeza y revoloteaban como pájaros molestos mientras observaba los ojos del niño gordo detrás de aquellos lentes que distorsionaban su realidad. La tía Coca era una presencia anecdótica y prescindible: existía como una simple justificación de los caprichos de su sobrino. Tenía el aspecto de cartón secado al sol; esa forma que delata a las mujeres solitarias, sedientas de hombres, resecas, tías...

El helado de sabor agrio chorrea por el rostro, se mezcla con el sudor y la tierra, dibuja surcos de rumbo incierto hasta que la mano o la lengua los deshace, los saborea, los convierte en sustancia química entreverada con saliva, mocos y restos de tabaco que se atascan entre las muelas. El asco del niño rebota contra sus lentes, que me protegen de su mirada insultante. “Bichicome” murmuran los ojos detrás del cristal. La voz de la tía, imperativa, le ordena mirar hacia otro lado. Ambos se apuran a terminar sus helados. Mi presencia y mi olor los desconcierta; a mí me molesta la pulcritud del niño, su ropa sin remiendos, sus uñas sin tierra, sus zapatos sin barro. Un niño embalsamado.

Ellos piensan que comeré sus sobras. Creen que cuando arrojen sus cucuruchos mordidos y chupados me lanzaré a comerlos. Se equivocan. Jamás pondré mi boca donde ellos chuparon. Mi lengua no podría saborear el helado de un niño que jamás se rompió una rodilla, que nunca supo de una pelea a piñas por defender sus argumentos. Un niño embalsamado.

Ellos se irán y yo seguiré fiel a mi comida anónima. El gordito, pese al grosor de sus lentes, conservará mi recuerdo para siempre. Cada vez que coma en su plato lustroso, con su tenedor refulgente y su vaso de refresco repleto, mi lengua y mi boca estarán en su cerebro arruinándole el almuerzo.

Se fueron presurosos. Desde la esquina, el niño me observó por última vez, antes de que el brazo de la tía lo remolcara hasta una tienda que los devoró sin ruido.

El calor de la vereda levanta un vaho desprendido de mi cuerpo. Lo aspiro. Creo que mañana es jueves, día de quitarme los piojos y bañarme en la fuente de la plaza.

El calor...

El helado de la tía era de frutilla.

* **Joe** es el seudónimo que usa **José Esteves** desde 1982, época de sus primeras colaboraciones con una revista antológica como *El Dedo*. Su humor gráfico y escrito integró, entre otras publicaciones, *Tic Tac* y *E*[illegible] y, actualmente, forma parte de *Tío Jorge*.

Carlos Liscano

La independencia del escritor

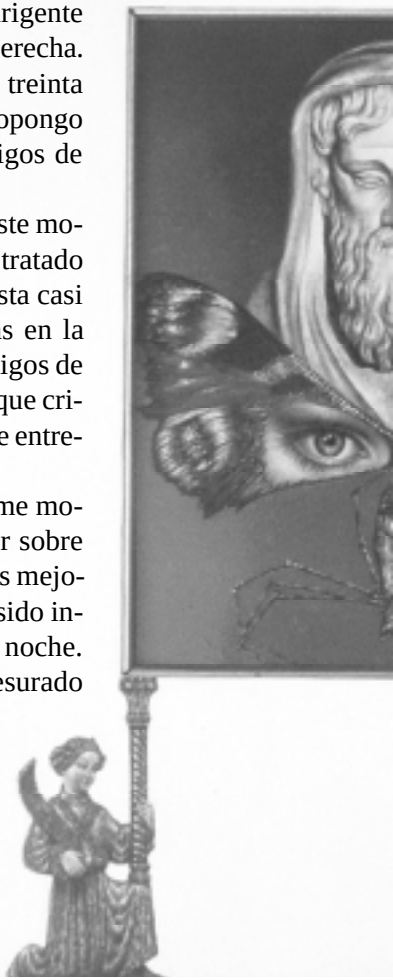
Como parte de la campaña electoral que culminó con la victoria del Frente Amplio y de su candidato presidencial, el Dr. Tabaré Vázquez, se realizó (en el Teatro El Galpón, el 23 de setiembre de 2003) la presentación del libro ***Conversaciones con Tabaré Vázquez***, con la participación de Mario Delgado Aparaín, Tomás de Mattos, Oscar Brando y el autor, Carlos Liscano.
Este es el texto que leyó Carlos Liscano en esa oportunidad.

Cuando acepté escribir este libro pensé algunas consecuencias que podría traerme. Sabía que entrevistar a un dirigente político de izquierda significa ganarse la ojeriza de la derecha. No me preocupó. Cuento con eso desde hace más de treinta años. Sabía que algunos dirían que contradigo y me opongo en exceso a Tabaré Vázquez. Sabía que algunos amigos de izquierda me dirían que soy obsecuente.

No había esperado que me dijeran que a partir de este momento he perdido la independencia de criterio que he tratado de cultivar y preservar en mi trabajo. He escuchado esta casi acusación en conversaciones privadas, en entrevistas en la radio, a través de comentarios que me llegaron por amigos de amigos. Dice más o menos así: Liscano ¿no era aquel que criticaba tanto a la derecha como a la izquierda? ¿Ahora se entregó al poder, se presta para hacer propaganda?

La polémica sobre el compromiso del escritor no me molesta. Me parece necesaria y útil. Por eso elijo hablar sobre este asunto acompañado por Tomás y Mario, dos de los mejores narradores que tiene Uruguay, dos que nunca han sido indiferentes, y a quienes agradezco que estén aquí esta noche.

Aclaro que como ciudadano siento un orgullo mesurado por haber escrito este libro. Ese orgullo tiene este fundamento: Tabaré Vázquez y yo nos criamos en torno a la Plaza Lafone. Allá el poder siempre era la policía, el ejército, la perrera. Allá la derecha juntaba votos prometiendo un trabajo en la Intendencia, negociando una jubilación a que la gente tenía derecho, pero que había que pagar para que la otorgaran,



pagar con plata y con el voto. Allá se practicaba lo peor del clientelismo. Lo digo con bronca reflexionada durante años: era la peor cara del poder, de los acomodados en el poder, de los que se creen dueños del Estado.

Allá había también un poder menor y bondadoso como el de doña Juanita, que dirigía el comedor de la escuela Yugoslavia y tenía como casi único objetivo en la vida darle de comer a los niños. Si los niños faltaban al comedor, doña Juanita iba a buscarlos a la casa. Si no tenía recursos, doña Juanita pedía fiado en la carnicería hasta que le llegara la plata.

Allá para sacar un carné de pobre había que contar con la firma de los almaceneros. Y los almaceneros eran mi padre y mi madre, que habían ido hasta tercer año de escuela rural, pero tenían un pequeño poder para que un vecino pudiera comprar la leche más barata en el Expendio Municipal. Hablo de cosas nimias, pero ustedes comprenden que no por eso son insignificantes. Si alguien mañana señala un tono populista en lo que digo es porque no sabe lo difícil que para algunos conciudadanos es conseguir comer todos los días aunque sea una vez. Allá, a veinte minutos de ómnibus del Palacio Legislativo, la mitad del barrio no tenía agua corriente porque a los políticos de derecha les parecía que poner unos metros más de caño era un despilfarro. Por eso había aguatero, oficio digno y servicial, que en mi zona ejercía don Luis.

Que la izquierda pueda tener un candidato a la presidencia de la República que viene de La Teja, un académico salido del sitio de donde no suelen salir académicos, para mí es un orgullo. Aunque no sea así, siento que algo de eso se me pega. Para un muchacho de La Teja llegar a profesor de la Universidad y candidato a la presidencia es recorrer la misma distancia que para otro muchacho de La Teja hay en llegar a leer y entender a Musil, a Beckett, a Rulfo, a san Juan de la Cruz.

Cuando digo La Teja no estoy hablando de La Teja. Estoy hablando de quienes han sido pobres durante diez o veinte generaciones y también han construido este país. Estoy hablando de la mayoría, la gente de las fábricas, los talleres, las curtiembres, los changadores, los peones de campo, los chacareros. Estoy hablando de las sirvientas y lavanderas, como fueron mi madre, mi abuela, mis tías y mi bisabuela. Hasta donde puedo ver hay sirvientas en mi familia, como mi abuela Ema, analfabeta y peona de estancia para todo servicio.

La instrucción, la cultura, no se adquieren sin el apoyo y el auxilio de quienes la poseen. A esos también me refiero cuando hablo de quienes han construido el país. A los maestros y profesores, y a tantos que tanto nos guiaron, a mí y a muchos, en la biblioteca de la cárcel de Libertad, en las charlas en la celda, en los recreos. Gracias a ellos por haberme orientado, enseñado, desemburrado.

No soy tan ingenuo como para no darme cuenta de que este libro puede ser tomado como propaganda. No soy ni ingenuo ni inocente. Este es también un libro de propaganda, y también de divulgación de las ideas de Tabaré Vázquez, y es un documento. Es, de mi parte, una toma de posición política. Lo único no aceptable sería que yo dijera que no me di cuenta de que estaba asumiendo un compromiso. O, todavía peor, que dijera que yo no sabía nada, que me han utilizado.

Los artistas y los intelectuales hemos aprendido a mantener distancia de los políticos. Pero los artistas y los intelectuales no vivimos en otro planeta. Pertenecemos a una sociedad, y a ella nos debemos. Cada uno elige el compromiso social y político que quiere tener. Yo he elegido el mío, y este libro es, a su modo, una modesta contribución a ese compromiso. Puse en él, además de mis ideas, toda mi poca capacidad para que estuviera bien escrito, que es en definitiva lo único que como escritor debo a los lectores, a mí mismo.

Javier de Viana puso sus letras y su plata para defender a su partido, ¿estuvo mal? No. Gloria a Javier de Viana que no se desentendió de su sociedad y su tiempo. Aunque después ese mismo partido haya dado colaboradores de la dictadura como Etchegoyen, Chiruchi, Aparicio Méndez. Rodó y Figari fueron diputados, ¿no debieron serlo? Sí debieron, aunque después el Partido Colorado haya dado gente como Millor, Rachetti y tanto otro ladero de la dictadura que todavía junta votos para ese partido. Morosoli puso sus esperanzas e ilusiones en el Partido Socialista, ¿se equivocó? Paco Espínola era blanco y se hizo comunista poco antes de morir, ¿renunció a sí mismo? Sin ellos, y tantos otros, los escritores de hoy no existiríamos, porque una literatura es ante todo una tradición, y ellos son nuestra tradición.

La actitud crítica, la actitud alerta, no está reñida con el compromiso ciudadano. La neutralidad, el culto a la inmovilidad y la indiferencia son una forma de compromiso con el poder establecido. Voy a nombrar esta noche a algunos de los nuestros que a mí y a tantos nos marcaron el camino, y en sus nombres quiero recordarlos a todos. A quienes murieron en el exilio, como Carlos Quijano, Ángel Rama, Carlos Martínez Moreno.

A quienes tuvieron que irse del país dejando trabajo, casa, amigos, como Zitarrosa, María Esther Gilio, Benedetti, Viglietti, Cristina Peri. A Ibero Gutiérrez, asesinado por el Escuadrón de la Muerte; a Nibia Zabalsagaray, asesinada en la tortura. A Ernesto Vila, Hiber Conteris, Nelson Marra, Clemente Padín, Gladys Castelvecchi, Miguel Ángel Olivera, que pasaron años en la cárcel. Y a dos nombres que deberían pesar en el alma de tanto charlatán que colaboró con la dictadura y hoy dice que lo mejor es no mirar al pasado: el maestro Julio Castro y la maestra Elena Quinteros, de quienes no nos han entregado ni siquiera los huesos para que podamos enterrarlos como cualquiera se merece.

Los escritores, artistas, intelectuales, docentes nunca hemos sido indiferentes. ¿A qué poder se vendieron aquellos que he nombrado? Nunca dijeron yo no estoy cuando hubo que poner el cuerpo, el talento y el bolsillo para las causas populares y democráticas.

Los escritores de este país, en la medida de nuestras fuerzas, de nuestras posibilidades, hemos estado donde debíamos, en el momento que debíamos. Apoyamos a España contra el franquismo; a los pueblos de Europa contra el nazismo y el fascismo; a Cuba contra la invasión yanki; a Nicaragua contra la agresión también yanki; y apoyamos al pueblo irakí contra la invasión imperialista que padece en este momento. El año pasado juntábamos alimentos para los más necesitados mientras el gobierno permitía que se fueran cientos de millones de dólares del país y la gente hacía cola en los comedores populares. Allí también estuvimos los escritores, porque ese era nuestro deber.

El escritor siempre está solo. Está solo en su trabajo, porque uno escribe solo. Y está solo porque el escritor no tiene partido ni institución que lo proteja del poder. El escritor es un ciudadano con influencia real y con influencia aparente. Dice lo que piensa en sus libros, en los periódicos, en la radio, en la televisión. Como ciudadano, el escritor tiene solamente la fuerza de su voto. Cuando acepté escribir este libro lo hice como escritor y como ciudadano. Como escritor, porque vivo en Uruguay en el año 2003 y no en la nubes. Digo lo que siento y lo que pienso sobre mi sociedad en este momento. Aunque me equivoque, aun en el error, no soy neutral ni indiferente ante el dolor de la pobreza y la inmisericordia de los soberbios.

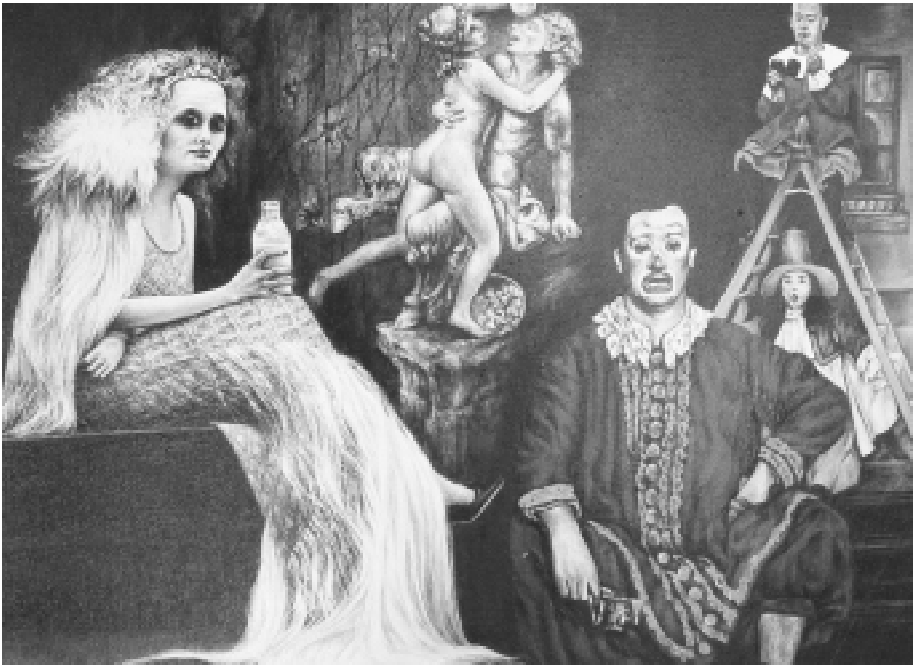
Como ciudadano: porque Tabaré Vázquez se comprometió hablando conmigo a poner toda su capacidad, su pasión y los recursos del Estado para sacar a los niños de la calle, a los que comen de la basura, a los que piden en los semáforos, a los que en la noche recorren los boliches del

Centro de Montevideo mendigando una moneda. Se comprometió a poner su energía y empeño en proteger a los más débiles, a los viejos, a los trabajadores que ganan 1400 pesos por mes, y si se enferman los tiran a la calle porque no tienen ningún derecho y hay miles esperando ese puesto.

Desde que me intereso por las cosas políticas, hace cuarenta años, he aspirado a que este país cambie, y cambie a favor de los más débiles. Si Tabaré Vázquez es presidente el 1o. de marzo de 2005, el ciudadano Liscano le exigirá que cumpla con sus compromisos. Si no los cumple, si no cumple con los desvalidos, con los que han sido pobres durante diez o veinte generaciones, Tabaré Vázquez sabe que el ciudadano Liscano, y también el escritor, con su poca voz, donde sea, donde pueda, en la prensa, donde lo dejen, estará en la oposición a Tabaré Vázquez. El compromiso de Liscano como ciudadano y como escritor puede ser dicho así: Tabaré, contá conmigo. Si no cumplís también contá conmigo: estaré en la crítica y en la oposición a tu gobierno. Esa es la independencia que yo conozco.

Gracias.

LSD



Letralia: una tierra de letras para un mundo de bytes

Jorge Gómez Jiménez

Esta es la ponencia que presentara el Director de la revista ***Letralia*** en el *XI Encuentro Colombo-Venezolano de Escritores*, realizado en San Cristóbal, Táchira, Venezuela, en el mes de noviembre de 2003

Francfort, Alemania,
8 de octubre de 2003

Ocho edificios, cada uno de tres a cuatro pisos, albergaron durante cinco días de octubre a mil escritores de todo el mundo, y a varios miles más de representantes de 6.400 editoriales de 104 países. La Feria Internacional del Libro de Francfort, este émulo de la torre de Babel, desarrolló un total de 2.500 actividades especiales que incluyeron presentaciones de libros, reuniones de negocios, conferencias de alto nivel y eventos artísticos.

Depauperado, relegado, disminuido, el libro electrónico fue el menos afortunado de los asistentes a este coliseo del mercado editorial. Quienes otrora apostaban con miopía a la desaparición del libro impreso aprovecharon Francfort para admitir que prácticamente nadie estaba comprando libros electrónicos, y que éste era apenas, del mercado editorial, un pariente venido a menos que nunca superó 1% de las ventas de libros impresos.

La definición de libro electrónico que manejan los editores profesionales es simple: se trata de un archivo informático que contiene el texto completo de lo que en formato impreso sería un libro. Ahora bien, los soportes informáticos llevan implícito un problema aún no resuelto y es que tecnológicamente no existe manera de establecer barreras que impidan en su totalidad la copia ilegal del libro.

Si bien reproducir ilegalmente un libro impreso representa un gasto para los infractores, la copia de un archivo es un procedimiento técnico de una sencillez abrumadora. La industria editorial lleva una década probando con diversos experimentos para intentar una solución. Rocket E-Book, Glassbook, Microsoft y otras compañías crearon programas informáticos que asignaban ciertos códigos a los libros electrónicos, de manera que sólo pudieran ser leídos por quienes los adquirieron. Pero todavía es relativamente sencillo saltarse los obstáculos que ellos cons-

truyen.

Para empeorar la situación, cada empresa que se embarcaba en el negocio creaba sus propios mecanismos y un libro electrónico producido para el programa de Microsoft no podía ser leído en programas de otras compañías. Al no existir un mecanismo estándar, los usuarios debían decidir entre adquirir los programas que ofrecían una mayor diversidad de libros electrónicos o limitarse a leer los que eran producidos para el programa de una sola compañía.

Los grandes editores esperaban obtener del libro electrónico grandes ganancias y en pos de su objetivo emprendieron todas las estrategias que estaban a su alcance, inclusive la muy perversa de anunciar con gran alborozo que el libro impreso estaba condenado a morir.

El principal obstáculo que impide al libro electrónico convertirse en el negocio editorial del siglo XXI es, ni más ni menos, la plataforma. Con la tecnología actual, leer un libro electrónico requiere una inversión previa nada desdeñable, pues es imposible sin una computadora. La mayoría de los usuarios tiene computadoras de escritorio, que en promedio ocupan un espacio aproximado de un metro cuadrado y aun cuando se trata de un equipo con miles de usos además de leer libros electrónicos es un armatoste incómodo para la lectura.

Para intentar acercar la experiencia de leer un libro electrónico a lo que originalmente conocemos como lectura hay que pensar en equipos más pequeños, pero éstos son aun más costosos. El más pequeño hasta el momento es el PDA, una variante de la computadora portátil que puede llevarse en un bolsillo. Una consulta simple en el sitio de ventas electrónicas mercadolibre.com.ve nos indica que el precio promedio de un PDA usado está alrededor del millón de bolívares. Y aun adquiriendo una de estas maravillas de la tecnología nos sentiremos defraudados al comprobar que tampoco en ellas la lectura es una experiencia agradable.

Hasta ahora, todo parece indicar que el ser humano está demasiado aferrado al libro clásico, cuyas páginas pueden ser pasadas con el uso de dos dedos. Esta estructura, cuyo origen precede inclusive a la aparición de la imprenta, tiene una gran ventaja: mientras que para leer un libro electrónico es preciso dominar ciertos procedimientos informáticos, el disfrute de un libro impreso sólo requiere de saber leer. Este es un gran obstáculo que la industria no sabe aún cómo saltar.

El libro electrónico está destinado a convertirse en un artículo de primera necesidad, pero antes debe estar encarnado en un dispositivo que reúna las mejores virtudes de ambos mundos, el digital y el impreso. El libro del

futuro tendrá que disponer de una versión muy compacta de nuestros actuales discos duros en la que quepan cientos o miles de libros. Deberá ser inteligente para ofrecer información personalizada, atendiendo, como ya previó Nicholas Negroponte, nuestras respectivas predilecciones en materia de información, hábitos de entretenimiento y comportamiento social. Deberá obtener su energía de algún tipo de batería independiente, para hacerlo tan portátil como un libro de verdad. Y, lo más importante: necesitará algo parecido a una pantalla para mostrar texto e imágenes, pero de una superficie casi tan delgada y flexible como el papel y que funcione igual que un monitor común.

La última de las características que el libro del futuro deberá satisfacer es la más difícil de lograr. Si bien todo lo anterior ya es una realidad en su fase experimental, el aspecto económico es por ahora insalvable. El libro del futuro no sólo deberá ser portátil y versátil: también deberá ser tan económico que cualquiera pueda tenerlo. Entonces será un artículo de primera necesidad.

Pudiera pensarse que el desánimo de los editores en Francfort representó la sentencia de muerte para el libro electrónico. Pero no es así. Las editoriales han decidido dejar para después el libro electrónico de tipo comercial (y no sentenciarlo a muerte) porque la plataforma es costosísima. Pero esta realidad cambiará en cualquier momento.

Illinois, Estados Unidos, algún día de 1971

Michael Hart es un hombre afortunado. En 1971 fue incorporado al equipo que dirigía el sistema informático del Laboratorio de Investigaciones Materiales de la Universidad de Illinois. Ese sistema, construido por la empresa Xerox, era tan robusto que nadie conocía exactamente su potencial. Los técnicos de entonces eran literalmente liberados dentro de los sistemas para que dedicaran el mayor tiempo posible en utilizarlos a su albedrío.

Hart se dio cuenta de que no estaba capacitado para darle una utilidad netamente informática. Sencillamente, no era su área. Entonces escribió: “El mayor valor intrínseco en las computadoras no está en la computación, sino en su capacidad para almacenar, recuperar y localizar datos”. Entonces transcribió la Declaración de la Independencia de Estados Unidos y, al terminar, la envió a una docena de usuarios de la red a los que tenía acceso.

La exitosa experiencia lo animó a transcribir otros documentos. Unos

días más tarde diseminó entre sus suscriptores primigenios la Carta de Derechos. Luego, la Constitución de Estados Unidos. Más tarde seguiría la Biblia, libro por libro, y William Shakespeare, obra por obra. Había nacido el Proyecto Gutenberg. Michael Hart, un hombre afortunado, continúa haciendo exactamente lo mismo. El es la prueba viviente de que el libro electrónico es un adulto contemporáneo en la plenitud de sus treinta.

Y es que hay dos formas de entender el libro electrónico. La que manejan las grandes corporaciones es la del objeto de consumo que puede ser descargado de la red por una determinada suma. La otra se atiene literalmente a una definición como tal: es un libro no impreso, una obra que no ha sido publicada en papel sino en un soporte compuesto de bytes. Pero el libro electrónico no es otra cosa que la punta de un iceberg. Internet es el gran artefacto para la difusión de contenidos.

Aun antes de que Internet se masificara hubo pioneros que distribuían contenidos en cintas, disquetes y otras formas de almacenamiento. Algunos de ellos llegaron inclusive a traspasar fronteras, como la revista argentina de ciencia ficción Axxon, cuyos entusiastas lectores se copiaban las ediciones entre sí a lo largo y ancho del continente.

La masificación posterior de Internet ha producido un efecto correlativo en los mecanismos de difusión de contenidos. El mismo Hart ha escrito: “Todo lo que se transcriba en una computadora es factible de ser reproducido hasta el infinito”. Nuestra afición por las bibliotecas nos ha llevado a sistematizar el flujo de contenidos de mil maneras. Una de ellas es la revista electrónica, que traduce al entorno cibernético nuestra experiencia en la producción impresa de publicaciones especializadas. Otra está representada por los sitios temáticos, más cercanos en el tiempo y producto del desarrollo de conceptos tales como directorios, buscadores e inclusive las mismas revistas electrónicas.

Este entorno ha influido sobre la literatura. Lo que Michael Hart vio en su momento fue el nacimiento de la última revolución informativa; esta revolución ha tenido su equivalente en la literatura contemporánea, que en Internet fluye a través de dos vertientes principales: registro y difusión.

Con la primera, el registro, nos referimos a la transcripción línea a línea de toda la producción literaria previa a Internet. Una premisa que a lo largo de los años ha sido desarrollada en distintos países por iniciativas públicas y privadas que se esfuerzan por ofrecer al mundo un muestrario de sus literaturas nacionales. Argentina, Chile, Ecuador, Honduras, Paraguay tienen ya en Internet sitios con datos de sus autores de todos los tiempos y muestras de sus obras. Un apartado en el

que, por cierto, cabe llamar la atención de nuestros compatriotas: salvo por el sitio Ficcionbreve.com, que construye dignamente el escritor Héctor Torres, y que sólo se ocupa de la narrativa, Venezuela carece de un registro sistemático de su literatura en Internet.

La segunda, la difusión, consiste en la multiplicidad de posibilidades que Internet ofrece para dar a conocer textos de autores de las tendencias más disímiles. Internet añade un valor adicional a esta experiencia y es la facilidad para establecer contacto con estos autores para criticarlos, elogiarlos o simplemente hablar de literatura con ellos; algo otrora impensable, con los rudimentarios medios de comunicación de que disponíamos. Por otra parte, la existencia de comunidades electrónicas en torno a temas comunes ha terminado por agregar al ambiente literario un componente que antes sólo se sospechaba: los lectores. Así, en estos momentos se sientan las bases de una nueva realidad literaria en la que todos podemos compartir un *summum* general de conocimientos.

Con todo, la difusión de literatura en Internet es un paso en la carrera del escritor. El objetivo final siempre es la edición en papel. Aunque algunos sitios literarios en la red han demostrado, a fuerza de constancia, tener más criterio y un mayor grado de profesionalización que muchos de sus pares tradicionales, aún se interpreta al papel como la recompensa a la excelencia literaria.

Por ahora es natural, y hasta justo, que esto siga siendo así. La difusión de literatura en Internet es un trampolín para acceder al libro impreso, lo cual no significa que deba ser subestimada. Los sitios literarios que pueblan la red cumplen el rol de cajas de resonancia, de vitrinas para la realidad literaria de nuestros días. La presencia interviniente del lector tiene la facultad de evitar la ascendencia de ídolos con pies de barro, tan comunes en el ámbito de la difusión literaria impresa.

Dentro de este rol tan específico existen sitios que definen los estándares de calidad. Son verdaderas editoriales del medio electrónico, que publican materiales de excelente factura y se convierten, gracias a su trayectoria, en los faros que delimitan la literatura en Internet y, en medida creciente, la literatura.

Pero, como émulo de nuestra sociedad, Internet no está exenta de vicios. De la misma manera como la tecnología nos permite ver el florecimiento de reductos de excelencia en los predios cibernéticos, la facilidad para crear un sitio en Internet redunda en la proliferación de publicaciones de dudosa calidad. Trampas cazabobos que con el ardid de un diseño visualmente atractivo (y a veces ni siquiera eso) no tienen otro fin que satisfacer ambiciones personales, materiales o no.

Abundan también los editores improvisados, que exigen dinero a los escritores para incluirlos en antologías sin fortuna, así como los falsos mecenas que convocan a concursos cuyos premios son sufragados por los mismos participantes. Así de variada es la fauna que nos ocupa. Y de peligrosa, como toda jungla.

No tiene el escritor, sin embargo, que preocuparse por esto. Un buen escritor tenderá, por inclinación natural, a arribar a buenos puertos.

Internet, 20 de mayo de 1996

Mientras todo este panorama se hallaba en formación y el mundo entero bullía de experimentos literarios en Internet, Venezuela se encontraba de espaldas a estas realidades. No nos faltaba justificación, pues ya se sabe la lentitud con la que los adelantos tecnológicos se han presentado por estos lares. Más sorpresa nos ocasionó en aquel momento, sin embargo, que en todo el ámbito de habla hispana no existía una sola revista literaria en castellano para los usuarios del correo electrónico.

El 20 de mayo de 1996 publicamos la primera edición de ***Letralia, Tierra de Letras***, como un pequeño muestrario de las letras venezolanas contemporáneas. La concepción del proyecto se fundamentó en que los grandes medios de difusión, como los suplementos literarios de la prensa y las editoriales tradicionales, no brindan el suficiente apoyo a los escritores venezolanos, originando una especie de literatura secreta, subrepticia, bastante alejada y en muchos casos muy superior a la que se nos vende desde Caracas.

Pero ***Letralia*** creció con inusitada rapidez. En su segunda edición, la revista interesó a la Red de Investigación de España, RedIRIS, ente oficial que brinda servicios informáticos a universidades e instituciones científicas en la nación ibérica. RedIRIS nos ofrecía distribuir la revista a través de sus sistemas, con la única condición de que extendiéramos nuestro trabajo a todos los países de habla hispana. Así nos convertimos en la revista de los escritores hispanoamericanos en Internet.

Letralia dispone de dos instrumentos principales para la difusión de literatura en Internet. El primero es la revista, que se publica dos veces al mes e incluye, además de una sección de creación, un grueso caudal de información de gran utilidad para escritores, editores, investigadores y amantes de las letras. El otro es Editorial Letralia, que funciona como una verdadera editorial, aunque los libros se publican sólo en versión electrónica.

Además, nuestro sitio brinda otras herramientas, como un directorio de la Internet cultural de habla hispana, anuncios de concursos literarios y artísticos y un sistema de correo electrónico para nuestros usuarios, entre otros. Nuestros archivos ofrecen acceso a textos de más de 500 autores

de todo el mundo de habla hispana, indexados mediante un práctico sistema de búsqueda. Y lo mejor es que todo esto es gratuito para el público.

Letralia ha servido para demostrar que Internet es un terreno fértil para el desarrollo de productos literarios de calidad. Hemos llegado a este punto sosteniendo con orgullo el estandarte de un trabajo honesto, basado en el buen hacer de los escritores de habla hispana que se acercan a nosotros proponiéndonos sus letras para cada edición. La mayoría de estos escritores tiene en sus respectivos países los mismos problemas que nosotros: dificultades para ver sus textos impresos, desánimo ante la ceguera de las editoriales que publican cada año los nombres de siempre.

Algunos de ellos han recibido inclusive beneficios adicionales al hecho, ya estimulante, de ser criticados directamente por sus lectores, y de saber que son leídos al otro lado del mundo. Editores de diversos países han publicado libros de escritores cuyo trabajo conocieron en nuestras páginas. Así, la labor de ***Letralia*** ha sobrepasado los límites del mundo cibernético.

En el editorial de la primera edición, el 20 de mayo de 1996, escribimos que, sin poder aún asegurar nada, nos limitábamos a anunciar que nuestra intención era apoyar a la literatura como arte, sin mayor complicación y sin el absurdo del compromiso. En este punto del camino, nos sentimos orgullosos de saber que nuestra revista ha contribuido en alguna medida a definir el verdadero panorama literario de nuestros tiempos.

Cagua, 29 de octubre de 2003

LSD

Bibliografía consultada

Agencia Reuters - *Estalla la burbuja de los libros electrónicos*, 10 de octubre de 2003.

Hart, Michael - *History and philosophy of Project Gutenberg*; Proyecto Gutenberg; http://promo.net/pg/history.html, 1999.

Negroponte, Nicholas - *El mundo digital*; Ediciones B, Barcelona, España, 2000.

Schavelzon, Guillermo - *La función del agente literario*; http://jamillan.com/agente.htm, agosto de 1999.

Gustavo De Vera

Esta es parte de la extensa colaboración literaria que nos hizo llegar **Gustavo De Vera**, periodista y escritor uruguayo radicado, desde 1980, en Argentina y residente permanente, desde 1992, de la pequeña ciudad de Esquel, provincia de Chubut, Patagonia Argentina.

Arbol del pájaro final

No dará canciones este árbol:
antes será astilla, pájaros secos
que llegan a rodar
en el solar de las calandrias.

Y cuando el rayo mal te parta
y cuando el viento álamo te agite
y cuando la raíz amarga te destierre
creerán silbos arder en tus ramas como noches.

Vendrán mudos del mundo ensordecido,
Vendrán callados del país de esta palabra.
Escuadras que Roma envía para llegar a su silencio.

La mansedumbre.
El vello ensortijado de las almas raspará
por instantes
tu corteza, rozará alumbrado
el lugar del viento,
estropeará entonces el aplauso
y no dará canciones este tronco:

De aquí sólo habrá leches del tiempo,
contarán historias otros bosques,
otros magos estarán durmiendo.

¿Qué harán ahora ahí esperando?
¿Qué piden al árbol que no da calor?
¿Qué dicen mudos del país que los echara?
¿Qué dicen a la sombra de lo que será la llama?

Ojos para mirar el cielo,
eso quisieran.
Ojos para buscar el pájaro final.
Ojos que arrancarse de sus ojos
cuando fuego fuera su primer palabra.

Y no tener ya bocas donde hubo ramas;
y no sostener lo que queda
de aquellos pájaros
que mueren en pleno vuelo.

Arena herida

La arena es la piel más herida
como heridas lleva el cartero.

Clavada, pero como nacida ahí mismo,
como germinada de los mismos granos de sílice,
una puerta se levanta al pie de un médano.

Sin huellas por delante ni detrás,
nadie ha dejado junto a ella
el ramo de flores olvidado,
ni el golpe de nudillos expectantes.

Triste: ya nadie espera al otro lado
y el cartero se ha cansado de llegar sin que un perro,
un miserable ladrido de nácar
altere sus correspondencias a nadie.

Una gaviota descuelga el horizonte
y lo repliega hacia la orilla.
Es tarde y el viento vuelve cansado sobre el agua
borrando las huellas de los que no pasaron por ahí.

Llega el viento a terminar el día
y cuelga al final su piel de arena
volada detrás de la puerta.

Marcelo Sosa Guridi

Naufragio

¿Quién habrá traído el término *navegar*? Con su ruido de olas rompientes y su olor a sal, con su cielo total sobre las cabezas que otean, con su promesa de puerto...

¡Y yo creo que navego! Solamente muevo mi mano derecha, pero el que se desliza es el puntero, con su forma de flechita inclinada, ancha y pacífica sobre la pantalla.

No se expande el cielo sino páginas. Que tampoco son tales, pero de alguna forma hay que llamarlas. Todo, en este mundo que no es, tiene su nombre prestado.

Me río cuando intento explicarle esto a quien no conoce el vocabulario privado de los navegantes. Como si los barbados y anchos marinos se detuvieran frente a un terrestre, a describir un tifón. Así solemos comportarnos quienes nos adentramos en los vientos de la Red.

Sucede que a veces perdemos nuestras noches yendo de sitio en sitio, sin movernos de la silla que nos ata. Y en esos viajes irreales caemos en la única realidad que nos golpea: nadie nos acompaña.

Entonces la identidad se contamina, y en esos días pensamos qué formato tendrá, digitalizada, la imagen que nos rechaza el espejo.

Ya no podemos concebirnos sino en función de la Máquina, ese cachorro de Multivac de los cuentos de Asimov, que tenemos frente a nuestra cara diez horas al día.

No se me ocurre encontrar compañía en un boliche, *estar en onda* o como se diga. No quiero aprender un código más. Ya tengo el mío (¿el mío?).

Por aquel tiempo alguien me sugiere un club, pero yo no quiero hacer gimnasia, entonces me desasna y me aclara con la palabra mágica: club virtual. Y ya entiendo todo.

Ingreso, lleno registros, entro, busco. Encuentro datos interesantes, que me parecen de gente interesante. *La diferencia entre datos y gente es cuestión de tiempo*, me animo.

Recojo lo que me llama la atención, y lanzo cartas como dados, esperando ver los puntos.

Al cabo de un tiempo me contestan desde España; Jazmín dice llamarse.

El juego, juego es. Si no existe esta sentencia, habría que inventarla. Nada más confiable que la lejanía para seducir, nada tan perfecto como las palabras desnudas, sin voces ni figuras que las cubran. Solas las palabras en este encuentro. Virtual es la palabra mágica, ya lo dije.

Durante tres meses viajaron ardientes mensajes atravesando el océano, mostrando lo poco común que resulta el idioma que nos une. Meses en que jugamos a conocer lo que es invisible a los ojos. Nos prometimos cosas imposibles...

Después nada. El buzón de la pantalla vacío. Hasta empecé a revisar el de mi puerta (sí, la puerta real, la de mi edificio) pensando que le di mi dirección, si acaso una carta al viejo estilo -que tenían lo suyo- pero no.

Pasaron semanas. Hace unos días estaba leyendo un libro (¡tenía apagada la computadora!) cuando el timbre saltó desesperado. Bajé. Abrí la puerta con cara de cansado y sin afeitarme, pensaba preguntar sobre el apuro contra el timbre, y en eso iba cuando chocó en mis ojos la imagen de una morocha entera, que se arreglaba el pelo como si tuviera un detalle incompleto.

–Buenos días, ¿está Consuelo? -preguntó, con el acento inconfundible de Castilla.

–¿Quién? Perdón, buenos días, ¿a quién dijo que busca, señorita?

–A Consuelo, a Chelo...

Ahí me di cuenta. Claro. Todo se resolvió en un segundo. Los mensajes ambiguos, el silencio de mi buzón... ese apodo mío que suena tan distinto en otros lugares, esta morocha tan presente.

–Dígame, usted, por casualidad, ¿se llama Jazmín?

–Sí -dolía ver cómo se iluminaban sus ojos- Chelo ¿le habló de mí?

–Algo así... por favor, pase. -Y subimos.

Era una de esas raras temporadas en que mi apartamento parecía un apartamento y no un estadio post recital. Por eso tuvo donde sentarse y esperar un café, mirando lomos de libros en los estantes que separaban el living de la cocina. Imagino que trataba de adivinar cuáles eran los de Consuelo.

Cuando llegué con los pocillos todavía no tenía idea de cómo decirle la verdad.

Después del primer sorbo, ella se animó a decir algo.

–Dime...

–Marcelo.

–... Marcelo, ¿tú eres algo de Chelo?

–En cierta forma; digo, no soy su pareja ni nada parecido.

–No -río- si algo sé de ella es que no le tiran los hombres.

–Sí, también le conozco esa faceta.

No podía seguir con esa situación durante mucho tiempo más, pero no sabía cómo salir. Entonces fingí sorprenderme con la hora, comenté que debía salir, la invité a quedarse, que Chelo estaría por regresar en cualquier momento (aún no sé cómo pude decir eso). Accedió.

Salí, le toqué timbre a Raúl, mi vecino. Cuando me saludó diciendo *¿Qué pasa, Chelo?* casi lo mato. En cambio le pedí, por favor, después te explico, que me dejara bañarme, afeitarme y me prestara ropa. Creí que me iba a mirar raro con esa cara de *dejá-de-tomar-vino-barato*, pero no; me hizo pasar palmeándome el hombro y diciendo seguro, macho, no hay problema.

Media hora más tarde regresaba a casa; ahí estaba la española, con el saco sobre la silla y leyendo un libro que seguro era de Consuelo.

–¡Hola, Marcelo! Chelo no ha llegado todavía.

–Este... Jazmín, tengo que decirte algo. Chelo soy yo.

–Vamos... -y se rió. Pero no tanto como antes.

–En serio. Soy yo. Chelo, aquí en Uruguay, es diminutivo de Marcelo, es un diminutivo de hombre.

–No. No estás hablando en serio. -y se paró. Levantando el saco lenta pero firmemente.

–Jazmín, escúchame. Yo te mandé los correos. Te dije mi signo, mis autores favoritos, te conté cómo preparo el café irlandés. Pero jamás te dije que fuera mujer.

–Tampoco que fueras hombre. -Se volvió a sentar. Sostuvo su cabeza con la mano, como si se le fuera a caer.- Yo di eso por descontado, en España cualquiera sabe que Chelo es Consuelo. Conchita en todo caso. Pero aquí no... ¡Y pensar que todo este tiempo estuve escribiéndole a un hombre! ¡Y que ahora quería sorprenderte!

De repente empezó a reír otra vez

–¡Con razón nunca me hablaste de tus períodos!

Seguimos hablando durante un rato largo. Al fin y al cabo lo veníamos haciendo durante meses, sólo que ahora nos veíamos las caras.

A eso de las ocho, le acompañé hasta la calle. La esperaba un taxi. Me dio el nombre del hotel y me pidió que la fuera a buscar al otro día, para mostrarle la ciudad, así cumplía con una de mis promesas.

***Me besó tiernamente en los labios cuando subía al taxi; una vez adentro me dijo* hubieras sido una Consuelo muy guapa.**

Tardé media botella de Johnnie, en lo de Raúl, tratando de explicarle, explicarme, lo que pasaba.

Bajé a caminar, con la intención de aclarar lo que el vaso no pudo, y en la puerta del edificio me encontré con la gallega, tratando de acertar a los botones y visiblemente más borracha que yo.

Subimos y la acosté en mi cama. Tenía un cuerpo vibrante, como hecho por encargo, que no quería desprenderse de mis manos cuando la dejé entre las sábanas. Me di la segunda ducha del día. Esta vez helada.

Me acosté en el sillón y tardé en dormirme. Unas horas más tarde me despertaba una lengua caliente en mi boca. Supe que sus muslos apretaban mi costado.

Se fue ayer para Madrid. Cumplí con mi promesa de mostrarle Montevideo pero sólo durante el día, porque las noches fueron otro tour. Hoy encontré anotado en mi libro favorito: *No he dejado de ser lesbiana. Pasa que tú eres una mujer extraña.*

Escribí estas notas en la vieja Rémington. Raúl disfruta de su nueva computadora.

LSD

* El propio **Marcelo Sosa** (estudiante del Instituto de Profesores "Artigas", especialidad Literatura) ha calificado este relato como *delirio virtual*. Cabe agregar que, además, le valió (en el concurso internacional *Contos de amor*, promovido por *O site*, de Brasil, en 1999) el primer premio, con la consiguiente edición en la galería virtual de ese sitio electrónico. Por otra parte, una serie de poemas de su autoría integran el volumen colectivo **Juntapapeles** (ediciones *abrelabios*, 1996).

Soledad Lepeyián

*** Soledad Lepeyián** es estudiante del Instituto de Profesores "Artigas", en la especialidad Filosofía, y dispone de un espacio propio en la página web inicial del grupo de gestión cultural *abrelabios* (http://www.gratisweb.com/abrelabios/Soledad.html). La escritora ha confesado que *Para evitar incómodas presunciones,* (...) *pasé mucho tiempo buscando la mejor forma de empezar a contar la historia, pero más demoré en la busca de una historia que mereciera ser contada. Preferí perder el tiempo en el superfluo intento de hallar que perderlo en cualquiera de las otras cosas que un ser humano puede hacer.*

vida social del vecindario VI

La luna es mujer. No soy ella.
La luna no se emborracha
para perdonar el aire
que dispara por la espalda
que exige respirarlo
y escribir en el aire nombres
que regresan por la espalda.

Miro al espejo con la boca
llena de versos en negro:
son mi cuerpo vacío.
No soy ella
me digo, soy otra cosa.

No soy la luna lo que veo
no la luna repetida corrompiéndose
entre las ramas del paraíso del vecino
muriendo como el amor
entre las piernas de una mujer
enamorada del paraíso del vecino
del que tose y se rasca
sin verse en nada
iluminado como un ciego.

Denle voces

El desesperado es un ropero vacío
pero también es un sótano repleto
de cosas viejas, bichos y palabras
que no sirven para nada.

Ningún desesperado puede hablar amor
mientras las ratas escriben su garganta.
Mas puede amarlas. Ha sido el hambre.

LSD

Normas para la presentación de colaboraciones

1. Las colaboraciones no serán remuneradas.

2. Los trabajos serán analizados por la Redacción, que se reserva el derecho de sugerir al autor las modificaciones de forma para adecuar el texto a las disponibilidades de cada edición. Aprobado el texto, el trabajo será publicado, tanto en la edición impresa como en el sitio web de la revista.

3. Los originales se remitirán (vía e-mail o correo tradicional) atendiendo las normas de edición LSD: **a)** nombres de revistas o libros: en cursiva; títulos de capítulos o partes de libros, mayúscula y minúscula, en negritas; **b)** citas, hasta dos líneas, en el cuerpo del texto entrecomillado (una cita inserta en otra, con comillas simples); **c)** citas, de más de dos líneas, constituyen párrafo aparte, sin comillas y en fuente más pequeña que la del texto; **d)** todas las citas deben acompañarse de su referencia bibliográfica, apellido de autor, fecha de publicación, ubicación en la obra (ejemplo: ROA BASTOS, 1997, pág. 23); **e)** notas, siempre al final del texto; **f)** el listado de bibliografía consultada contendrá todas las obras mencionadas en el cuerpo del texto y las citas; **g)** texto en formato Word para Windows, espacio sencillo, fuente Times New Roman, cuerpo 12; **h)** imágenes en formatos de compresión JPG o TIF; **i)** cantidad máxima de páginas: cuatro.

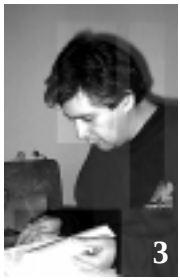
4. Envíe, junto a su artículo, cuando sea la primera vez, un resumen en español de su currículo (no más de cinco líneas). Infórmenos su dirección postal electrónica y remita, si es posible, su foto digitalizada en formato JPG o TIF.

5. Previo al texto, coloque un resumen en español, de cinco líneas, con tres palabras claves, para la clasificación bibliográfica.

6. Las cuestiones jurídicas que puedan surgir de la cesión de materiales para LSD son de absoluta responsabilidad de sus autores.

© Z G R 2002

© Z G R 2002



© Z G R 2002

© Z G R 2002

© Ruben Gimenez Viera 1996

© Ruben Gimenez Viera 1996

La fotografía de este tercer
número de LSD estuvo a cargo de

Zenia García Ríos
(0598-2) 575 3955
zenia@abrelabios.zzn.com

Ruben Giménez
rubenfotos@yahoo.com.ar
www.lapaginade.com/rubengimenez

ISSN 1510-8015
9 771510 801005 50

LSD revista
web: http://lsdrevista.todouy.com
correo electrónico: lsdrevista@hotmail.com
Bacigalupi 2091/15 --- 11800 Mtdeo.-Uruguay
teléfono: (0598-2) 924 6723